

# El poema total

Lucrecio. *De rerum natura / De la realidad*  
Edición y traducción de Agustín García Calvo.  
Lucina. Zamora, 1997. 590 páginas, 4.000 pesetas.

**L**A reseña de este libro podría haberse encontrado al menos en tres secciones distintas de *ABC Cultural*. El que aquí se brinda como *El poema total* podría haber sido presentado en las páginas de ensayo como *El Manifiesto Epicureísta*, y en las de ciencia como *Un libro capital para la historia de la física*. No encuentro imagen más cercana para mostrar la visión forzosamente parcial que tiene de Lucrecio nuestra cultura fragmentada.

Habiendo vivido en la primera mitad del siglo I a. C. Lucrecio fue contemporáneo y contrapunto de Catulo. Cuenta la leyenda —es decir, San Jerónimo— que un filtro amoroso lo enloqueció. Que en los intervalos de lucidez escribió este *De rerum natura*. Y que se suicidó antes de acabarlo.

El poema es la mejor exposición conservada del pensamiento de Epicuro. Su formato poético —anticientífico, en la lógica de Epicuro— propone una eficaz forma de divulgación. Está escrito en hexámetros, el verso solemne de la epopeya de Homero, la didáctica de Hesíodo y la filosofía presocrática de Parménides y Empédocles. Los impulsos contrarios de la ciencia (que busca superarse en el progreso) y de la poesía (que deja obras insuperables) hacen latir lo que en Lucrecio era un solo corazón. Con entusiasmo épico entona un gran canto que incluye al universo (desde la danza de los átomos hasta la de los astros) y, en él, al hombre (cuerpo y alma, sentidos, amor...). Un materialismo integral explica toda la naturaleza, y engendra la libertad humana. Así, los existencialistas abrieron este libro como absoluto de la desolación, y los hedonistas como puerta de la felicidad. Lo cierto es que en la gran pantalla este documental del cosmos esplendería más como película de aventuras que como cine científico.

Lucrecio —claro— tardó en desembarcar en nuestras letras. Pero lo hizo a lo grande, en el siglo XVIII, con la traducción casi insuperable de Marchena. Ha habido luego otras en prosa (Rodríguez-Navas [1893]; L. Alvarado, médico y lingüista [Caracas, 1956, 1982]; C. A. Disandro [La Plata, 1959]; Valentí Fiol [1962, 1983]; Roca Meliá [1990]), y otras en verso, como la selección de Méndez Plancarte (en hexámetros, México, 1956). Muy cerca del lector está aún el hermoso Lucrecio en endecasílabos, «no entero, pero sí auténtico», de Ángel Luis Prieto de Paula [Anaquel, 1992]. Aunque quizá la traducción más breve y más bella sea la que hace Juan Gil-Albert en el poema *La ilustre pobreza*, al convertir dos versos de Lucrecio en un homenaje a Cervantes. Esa recuperación fragmentaria y personal es propia de nuestro momento. Paralelamente, la poesía actual prefiere para estos asuntos fórmulas breves: buenas muestras son el libro *A los presocráticos* de Gil-Albert, el poema cosmológico *Génesis*, de Isla Correyero, o el canto a la belleza científica en los libros de Francisco Fortuny.

La operación poética que realiza aquí Agustín García Calvo es magna, tan grande y compleja como el poema. Su visión es también personalísima y afecta —he aquí su audacia— al poema íntegro, e incluso —ya lo veremos— más que íntegro. Salva, como Lucrecio, la escisión entre poesía y ciencia.

Salva además la escisión que ahora separa, poesía y filología. Los años que le ha llevado esta labor se resumen en un acto de amor único por la escritura, común al filólogo (por la escritura como pasado) y al poeta (por la escri-



Agustín García Calvo, traductor de Lucrecio

tura como futuro). Desde esa armonía antigua bien puede decir nuevamente la concordia entre el universo y el hombre.

Parece nuestro traductor movido por un doble impulso de emulación. Con respecto al original de Lucrecio (al que llama «poeta amigo») y con respecto a la traducción, clásica ya, de Marchena. Los tres están atados por muchos vínculos: la obra inédita de Lucrecio fue editada por otro grande, Cicerón, hostil al epicúreo, pero admirador del poeta. También el heterodoxo Marchena dejó sin publicar su versión de Lucrecio. La editó (mezclando aversión y respeto) ese campeón de la ortodoxia que fue Méndez Pelayo. Y la reeditó (en Cátedra, 1983) este campeón de la heterodoxia que es García Calvo. Como su antecesor del XVIII, el de Zamora es poeta, librepensador y revolucionario (1789 y 1968 son los hitos franceses de estos dos rebeldes). Y aquí recuerdo que Albert Camus vio en Lucrecio el prototipo de hombre «révolté».

Las traducciones de los clásicos en ningún

caso deberían quedar confinadas en huertos literarios cerrados, ajenos a la poesía viva del momento. Nadie negará que las versiones de García Calvo son discutibles (en la acepción etimológica que tanto le place: suscitan discusión). Nadie, sin embargo, podrá negarles coherencia. Traducir, en definitiva, es aventurar una analogía de grandes proporciones. Cuando Lucrecio escribe, el hexámetro contaba con un precedente épico en latín (Ennio, que toma ese verso de Homero). García Calvo ha reconstruido en su escritura personal el mismo proceso que vivió la literatura latina: ya ha traducido un precedente épico (también Homero, porque es la *Iliada*), y en él ha probado la validez de su solución para el hexámetro. A los endecasílabos blancos de Marchena contraponen García Calvo un verso más largo, «entre hexámetro antiguo y doble verso romance», con rimas asonantes por series. Esa rima es quizá el elemento más prescindible, el menos clásico. Sin embargo, ya lo usó en la versión de la *Iliada*, y antes estuvo en la épica del *Mío Cid*. Cómo se ensamblen esas piezas coherentes en la actual literatura española es otra cuestión. Que, por cierto, poco importa, porque García Calvo es en sí mismo una literatura. Maneja, por ejemplo, un vocabulario riquísimo, y no duda en apelar a los zamoranismos —«harnaz», como traducción de *natura*—. Mas ¿quién podría censurarlo, si sabemos que un poema fuerte constituye un idioma?

**U**N dato capital es que se trata de la única edición de que disponemos a la vez en verso y *bilingüe*. Es una edición histórica, con introducciones en español y en latín, con notas, índices, y valioso aparato crítico. Fija un texto latino novedoso, que se aparta en 500 lugares de las ediciones habituales. Ha restaurado (a veces en exceso) una ortografía arcaizante y ha puntuado de manera original (manía unamuniana que también tiene en español). Su Lucrecio es más que íntegro, porque ha completado las lagunas con unos 90 versos latinos de su propia mano, y no duda en autotraducirse. (También Marchena admiró a Europa al completar el *Satiricón* con un falso fragmento en latín). Por último, lo primero: ha cambiado radicalmente el título tradicional (*Sobre la naturaleza [de las cosas]*) por uno mucho más acorde con su pensamiento: *De la realidad*. Lo basa en la etimología (*re-alidad* ya estaba en *rerum*), y en su concepto dinámico del ser.

Se dice que los clásicos dialogan con el hombre actual. Siempre esperan respuesta. Ante el poema total Agustín García Calvo ha respondido como escritor total: ha sido a un tiempo poeta en castellano y en latín, filólogo, filósofo, traductor, hombre de ciencia... Exactamente lo que en otro tiempo se llamó un humanista.

Juan Antonio GONZÁLEZ IGLESIAS